



VIAJES INEXPLICABLES

JESÚS CALLEJO Y CHRIS AUBECK

Levitaciones, saltos en el tiempo, raptos de hadas
y teletransportes sobrenaturales

Luciérnaga

VIAJES INEXPLICABLES

JESÚS CALLEJO Y CHRIS AUBECK

**Levitaciones, saltos en el tiempo, raptos de hadas
y teletransportes sobrenaturales**



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto y de las fotografías del interior: Jesús Callejo y Chris Aubeck, 2016.

© fotografías de la cubierta: Shutterstock.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: junio de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-13-6

Depósito legal: B. 6.746-2016

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción	11
Raptos y abducciones en el folclore	15
1. Demoníacos y brujeriles	17
El mito de Magonia	18
La historia del fraile Blas	22
La Ansarona, de viga en viga	22
El obispo de Jaén y su sombrero	23
«Malleus, malleus...»	26
La niña que cae en el jardín de los capuchinos	28
Abducción traumática en Astorga	29
Teletransportación de un estudiante	31
Letrado transportado a tierras extrañas	34
El niño japonés y el empacho de arroz	
El doctor Torralba y su viaje de ida y vuelta a Roma	36
El cura-brujo de Bargota	39
El morisco Román Ramírez	
y sus garbeos por Zaragoza	42
El familiar de fray Valeriano de Figueredo	43
El niño japonés y el empacho de arroz	44
Súbita desaparición en Lucerna	45
2. Los raptos de los elfos	47
«Changelings» o los cambiazos élficos	47
Bebé raptado por la «gente menuda»	51
Robby y sus amiguitos	52
Un jinete y un lord llevados por el viento élfico	52
El clérigo volador y quijotesco	53

Rapto por partera	54
La criada que viajó al país de las hadas	55
Lo que cuenta Stevenson	56
Los anillos de las hadas	58
La niña perdida de Dubuque	60
El dramático rapto del Dr. Moore	61
Los temibles jinas	63
La alucinante experiencia con los adoradores de estrellas	65
3. Raptos por otra clase de personajes o fuerzas	68
Kappas, ikales y pukujes	68
Tengu, tengu...	70
El niño volátil de Antioquía	71
Los quinientos kilómetros que recorrió un agricultor chino	72
La experiencia transformadora de Harry Jones	73
El vuelo del señor John Quincy Adams	75
El secuestro de dos días	76
Otro niño que va por los aires	76
Un fantasma escocés y muy molesto	77
Abducción en Ghana	78
Los buni malayos	79
¡Objetos teleportados!	81
Prisioneros cautivos y arcones voladores	81
El baúl de Alonso de Ribera	83
La liberación de Diego de Illescas	87
La navaja de Bristol	88
Técnicas perdidas de antigravedad	89
Hablemos de los hopi	92
Loreto, o cómo se traslada la casa de la Virgen	94
La casa galesa y la avalancha	97

Acerca de un barco llevado desde Lisboa hasta Portsmouth por espíritus	98
Tortas y panes encantados	100
El misterioso caso del tarro de miel	102
Los que duermen, los que flotan y los que se bilocan	105
El espíritu de san Ero	107
El pajarico de Virila	109
Amaro y otros monjes viajeros	112
Santa Trahamunda, patrona de la morriña	114
Los 205 santos que se alzaron del suelo	116
El secreto de Bhaduri, el yogui que levitó	122
El arte de estar en dos sitios a la vez	124
El caso de fray Escoba	126
Los vuelos de sor María Jesús de Ágreda	127
La bilocación de lord Byron	131
Los hermanos Pansini	134
El «poltergeist» de Poona	135
Antropología prodigiosa	139
Los prodigios de Apolonio de Tiana	140
El soldado de Filipinas que aparece en México «por arte de Satanás»	145
Los increíbles «lung-gom-pa»	149
Los hombres casuario de Nueva Guinea	152
Los hombres voladores de Haití	153
El poder de los siddhi	157
Transportes aéreos sagrados	161
Las máquinas voladoras de Salomón	162
Los vuelos de la reina de Saba, según el «Kebra Nagast»	164
Los tronos de Suleimán	166
Viajar al séptimo cielo	168
El evangelio que habla del fulminante viaje de los Reyes Magos	170

El viaje nocturno de Mahoma	171
Los derviches incomprensibles	173
San Jorge en la batalla de Alcoraz	174
El caso de la mística Jane Leade	177
Viajes literarios, viajes visionarios	181
El anacronópete	181
Los lunáticos que se empeñaron en ir a la Luna	185
El primer español que llegó a la Luna	189
Los estados e imperios de Cyrano de Bergerac	191
El viaje fantástico de Torres Villarreal	196
Micromegas y el asunto de los satélites de Marte	198
Irving, Poe, Dumas, Verne y Wells	200
La princesa Kaguya, secuestrada por hombres lunares	204
¿Cómo viajar a nuestro satélite sin salir de casa?	207
Los que afirmaron ir a Marte y lo contaron	209
Los idiomas marcianos	214
Diez casos de personas que han venido (o caído) de otros planetas	221
Basiago, el que dijo haber visitado el planeta rojo	227
Viajes místicos (al infierno, al purgatorio y al cielo)	233
Viaje hacia los abismos infernales	233
Los arcanos celestes de Swedenborg	238
El infierno de las beatas	244
Un niño desobediente que visita el averno	246
La experiencia terrible de sor Josefa Menéndez	247
Pasajes directos al paraíso	249
Susanna Stout viaja con un ángel en una nube	251
La coreana Julia Kim	253
¿Es el cielo real? La experiencia de Colton Burpo	254
La prueba del cielo del Dr. Alexander	258
Los viajeros del tiempo (los crononautas)	265
Los espejos mágicos para ver el futuro	265

La velada de Cazotte	267
El álbum mágico de Gorki	270
Viaje al futuro de un poeta checo	272
Las cronocámaras	274
Los cronovisores actuales	279
John Titor y Andrew Carlssin: ¿crononautas de pega?	280
Los cronoviajeros vía internet	282
El día de Hawking	285
El caso de Whitley Strieber	287
Saltos temporales (y espaciales)	291
El cuento extraño de unas viajeras australianas	291
Los fantasmas de Versalles	293
El trompazo en un partido de fútbol	295
El protoavión ruso de 1912 y un alcalde alelado	298
¿Un Cessna que viaja en el tiempo?	300
La joven desmaterializada	301
Entre lo falso y lo fraudulento (la verdadera historia de...)	309
El origen incierto de David Lang	310
Un chico llamado Oliver Lerch	313
Buscando a Rudolph Fentz	318
Los fraudulentos médiums teleportistas	324
El caso de Bruce Burkan	328
Una breve conclusión	331

RAPTOS Y ABDUCCIONES EN EL FOLCLORE

*«Lo que sabemos es una gota de agua,
lo que ignoramos es un océano.»*

ISAAC NEWTON

Existen miles de leyendas y cuentos populares acerca de viajes maravillosos, fantásticos e insólitos. En conjunto, estas historias se clasifican como «folclore», término de origen anglosajón que significa «conocimiento del pueblo» y que también abarca materias tan diversas como canciones, proverbios y costumbres regionales.

El estudio del folclore no puede ser dejado a un lado si queremos conocer el sustrato cultural europeo. Tanto en los ámbitos académicos como entre los eruditos locales y los folcloristas, cada vez parece más claro que hay algo en el mundo tradicional que nos acerca a la esencia de la humanidad. Ese algo debe ser reconocido, estudiado y debidamente valorado. Los cuentos y leyendas se clasifican en veintidós temas según el sistema Aarne-Thompson (AT), que les asigna letras y números. Las clasificaciones comienzan con el código A1 (historias acerca del Creador) y terminan con el Z356 (las protagonizadas por un único superviviente tras la destrucción de su comunidad).

Las historias donde intervienen seres maravillosos y seres horribles autores de grandes prodigios se recogen en los apartados F y G, y las historias de viajes inexplicables realizados con objetos mágicos se recogen en el apartado D («Lo mágico»), y más concretamente desde D1520.1 hasta D1539.3, unas ciento cincuenta entradas en total. La mera lectura de las categorías ya resulta fascinante: «transporte mágico mediante una manzana de oro» (D1520.4), «transporte mágico mediante piel de pescado» (D1520.5.1), «transporte por medio de un collar» (D1520.34), «sandalias con una velocidad mágica» (D1521.1.1), «césped mágico que sirve de barco» (D1524.7)...

Comprobamos que no es lo mismo viajar con un par de zapatos milagrosos (D1520.10) que poniéndose unas sandalias especiales (D1520.10.1), y ser llevado al cielo en una silla (D1520.16) es distinto de volar sentado cómodamente en un sofá (D1520.17).

También en las abducciones la tipología es muy amplia. Podemos hablar de casos de «espíritus del agua que secuestran a los mortales y los mantienen bajo el agua» (F420.5.2.2), de «enanos que secuestran a los mortales» (F451.5.2.4), del «secuestro de una mujer por parte de la Luna» (A753.1.1) y un largo etcétera. De la misma manera se han clasificado también todas las historias de desapariciones misteriosas y viajes en el tiempo del folclore mundial.

Aunque el sistema AT es reconocido por muchos estudiosos como una herramienta de vital importancia para el estudio y la catalogación de las fábulas, no ha estado exento de críticas. La objeción más importante la hizo el ruso Vladimir Propp en el primer capítulo de su *Morfología del cuento*. Propp cuestionó la catalogación de los cuentos en tipos y motivos: «No se puede determinar dónde termina un tema con sus variantes y dónde empieza otro», argumentó.

Propp analizó los cuentos por la función que cada personaje cumplía con sus acciones y concluyó que un relato estaba compuesto de 31 elementos. En el punto número 14 el héroe recibe un objeto mágico y en el 15 se habla del viaje en el que el héroe es conducido a otro reino, donde se halla el objeto de su búsqueda. Estas funciones están agrupadas en siete tipos de personajes:

1. El agresor (malvado): bruja, madrastra, ogro, dragón, demonio.
2. El donante que le da el objeto mágico al héroe: el hada, el duende...
3. El auxiliar, el que ayuda al héroe.
4. La princesa y el padre.
5. El ordenante.
6. El héroe: príncipe, aldeano...
7. El antagonista.

Los 31 elementos que señala Propp son recurrentes en todos los cuentos de hadas populares. Y señala la predilección por los números impares, sobre todo el 3 y el 7.

Desde 2004, a la clasificación Aarne-Thompson se le añade el nombre de Uther, por ser él quien la ha acabado de completar.

En las tradiciones de todo el mundo se da noticia de personas que han sido llevadas, a la fuerza o por propia voluntad, a lugares lejanos para ser testigos de acontecimientos históricos (la ciudad de Roma es uno de los destinos favoritos), o bien a la vuelta de la esquina. El medio usado es un transporte sobrenatural, que puede ser muy diverso: palos, escobas, arcones, esferas, torbellinos, nubes e incluso a lomos de un diablo. Menos máquinas, cualquier cosa puede servir. Algunos han desaparecido súbitamente y han aparecido en otro sitio distinto, totalmente desconcertados, sin saber ni cómo ni cuándo ni de qué manera han llegado allí. Hartland, Evans-Wentz, el padre Feijoo o Antonio de Torquemada nos cuentan varios de esos casos. Ahora bien, en algunos episodios intervienen demonios, en otros duendes, brujas, espíritus, ángeles, elfos y entidades de diversa naturaleza y pelaje.

1. DEMONÍACOS Y BRUJERILES

Cabe destacar aquellos raptos que hacen gala de artes mágicas demoníacas gracias a la tenencia de diablillos o «demonios familiares» metidos en una redoma o un alfiletero, por lo pequeños que son, aunque cuentan con poderes suficientes como para llevar a su dueño por los aires. Zequiél (el del doctor Torralba) no era un diablillo, pero sí tenía la categoría de «daimon», especie de genio protector que, según la tradición, poseen figuras ilustres como Salomón, Sócrates, Paracelso, el cura de Bargota, el doctor de las Moralejas, Valeriano de Figueredo y tantos otros. En la Edad Media y la Edad Moderna, quienes decían tener uno de estos daimones o sus familiares se veían incurso en acusaciones brujeriles o procesos inquisitoriales. Tener poderes hipnóticos,

desaparecer de repente, viajar a un lugar lejano, provocar tormentas, celebrar rituales o invocar a los elementos eran indicios más que suficientes para incomodar a las autoridades civiles y eclesiásticas. Todo eso eran cosas del demonio, aseguraban, incluso si los protagonistas eran gente de la Iglesia. No todos ellos se presentan como casos evidentes de teleportación (o teletransportación: «lo mismo da que da lo mismo»). A veces tenemos que leer entre líneas.

A Hernando Alonso, sacerdote de El Viso de San Juan (Toledo), se le atribuían algunos de estos poderes, y decían que en pleno invierno tenía en su casa flores de temporada. Un siglo después, en el XVIII, en Cabañas de la Sagra vivió un tal José Navarro con fama de hechicero y que cierta noche le dijo a su esposa que si él quería podría llevarla volando a Villaluenga para asistir al aquelarre del sábado. Así se las gastaban.

El mito de Magonia

Hay palabras que resuenan en nuestra mente. Una de ellas es Magonia. En alguna fecha posterior al año 810, el arzobispo de Lyon Agobardo (779-840) escribió un texto, probablemente en forma de sermón, titulado *Liber contra insulsam vulgi opinionem de grandine et tonitruis* (Libro contra las opiniones falsas acerca del granizo y los truenos). En él Agobardo criticaba la creencia de que ciertos magos malvados, llamados *tempestarii*, pudieran levantar tormentas para robar la cosecha en los campos de otros. Esta idea estuvo muy extendida durante la Edad Media.

Al principio de su *Liber*, el obispo describe un incidente ocurrido unos años antes y en el que intervienen unas naves aéreas. Agobardo fustiga la credulidad y fantasía desbordada de sus feligreses y condena esa falsa creencia. He aquí el texto completo del episodio, tantas veces citado, y tan poco corroborado:

Yo mismo he visto y oído a muchas de estas personas tan locas y hasta tal punto idiotizadas, que creen y sostienen

que hay un país llamado «Magonia», de donde vienen naves a través de las nubes, recogen el trigo y los demás cereales tendidos y segados por el granizo y por la tormenta y lo cargan en dichas naves: después de hacer regalos a los «tempestarios» a cambio de sus frutos, los marineros del aire vuelven a la misma región. Un día vi a muchos de estos estúpidos presentar ante un grupo de gente cuatro personas encadenadas, tres hombres y una mujer, que habrían caído precisamente de tales naves. Después de tenerlos en cepos algunos días, al final, reunida alguna gente, los trajeron a mi presencia, como he dicho, para lapidarlos. Pero, prevaleciendo la verdad, tras muchos razonamientos que yo les opeuse, aquellos que los habían capturado fueron desmascarados como ladrones.*

En el resto del libro Agobardo examina detalladamente la cuestión de si los magos llamados *tempestarii* existían o no, y finalmente concluye negando su existencia y afirmando que, en cambio, el diablo sí puede engañar a los débiles para que piensen cualquiera cosa.

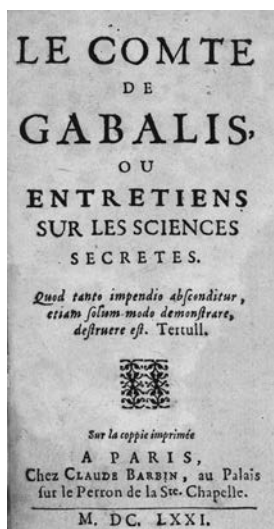
Jacques Vallée, en *Pasaporte a Magonia*, popularizó este nombre para referirse a un país o lugar mágico situado en algún punto entre el cielo y la tierra y del que procedían seres extraños que decían descender de nubes, naves o luces.

Veremos cómo la brevísima referencia al acontecimiento que hace Agobardo luego iría cobrando vida propia. Las páginas fueron descubiertas por el erudito Papire Masson y se publicaron por primera vez en 1605, unos ochocientos años después de que se escribieran. Dado que esta edición estaba llena de errores, en 1666 se publicó de nuevo, en una edición revisada de Stephane Baluze.

Una de las personas que encontraron inspiración en esta obra fue el abad Montfaucon de Villars, que en 1670 escribió un libro titulado *Conversaciones con el conde de Gabalis sobre las ciencias ocultas*, donde desarrolló una historia basada en la anéc-

* El texto de Agobardo puede encontrarse en la colección *Patrología latina* de J. P. Migne (vol. CIV, pp. 147-158).

dota de Agobardo. En ella, un «famoso cabalista» del siglo XIX llamado Zedechias pedía a los silfos que se manifestaran visiblemente en el aire para que todo el mundo pudiese ver y admirar lo maravilloso que era su mundo. Los silfos accedieron y se mostraron como soldados en el cielo, con banderas y armas y toda clase de naves. Ante todo aquel despliegue aéreo, los mortales creyeron que los silfos eran poderosos magos que querían robarles los cultivos. Al advertir que su mensaje había sido mal interpretado, los silfos intentaron sacarles de su error «secuestrando a los hombres de todos los lugares, para mostrarles sus hermosas mujeres, su república y su gobierno, y devolverlos en lugares distintos del Mundo». El problema fue que los lugareños, al ver cómo los hombres raptados por los espíritus eran bajados al suelo, creyeron que se trataba de magos malvados dispuestos a envenenar su cosecha y sus fuentes. «Así mataron con fuego y agua un número inmenso de hombres en todo el Reino.»



El Conde de Gabalis es un libro escrito en 1670 por Nicolás Montfaucon de Villars (1638-1674) en el que dicen que se revelan importantes secretos rosacruces que costaron la vida del escritor.

Montfaucon de Villars escribió que los cuatro presos salvados por Agobardo declararon haber sido secuestrados y llevados por el aire. El arzobispo se mostró muy escéptico y sostuvo que todo había sido una equivocación, que volar era imposible. Al oír esto el pueblo se tranquilizó y los cuatro presos fueron liberados. Sin embargo, su experiencia les había impactado tanto que no paraban de hablar de los seres etéreos que habían conocido, y a raíz de aquellas historias se gestaron muchas leyendas sobre hadas y otros seres fantásticos.

Como apunta Jean-Louis Brodu, el libro de Villars fue criticado por los historiadores por ser demasiado fantasioso. Y es que Villars no escribía como académico, sino como esotérico, y su narración debía más a su imaginación que a su conocimiento de las tradiciones antiguas. En *Histoire littéraire de la ville de Lyon* (1730), el prestigioso historiador Dominique de Colonia resumía así la opinión que le merecía la obra de Villars: «lo que ha escrito acerca de san Agobardo es tan falso, o por lo menos está tan novelizado, que me costó trabajo reconocer la verdad entre los cuentos con los que la ha “maquillado”».

Pese a ello, la obra de Villars tuvo tanta influencia que hoy día es difícil encontrar referencias al incidente descrito por Agobardo sin tropezar con largas citas extraídas del libro de Villars.

En 1784 el escritor francés A. G. Rozier publicó un libro titulado *Dissertation sur les aérostates des anciens et des modernes* (Tratado sobre las aeronaves antiguas y modernas) (París, 1784), en el que intentó demostrar que las naves aéreas de los silfos descritas por Agobardo —o, mejor dicho, por Villars— eran un ejemplo más de la tecnología humana. Todo había sido un gran malentendido, aseguró.

Aquellos «magos» no habían recurrido a la magia para volar, sino al fuego, al aire ¡y a sus enormes globos aerostáticos! Rozier creía que en la antigüedad ya se habían inventado máquinas voladoras, y que la historia mostraba que su utilidad era casi nula. Su interpretación del incidente de Lyon era la siguiente: cuatro campesinos ingenuos fueron contratados para montar en un globo o nave experimental y poner a prueba las capacidades

del vehículo. El viento los arrastró hasta Lyon y la nave acabó aterrizando cerca de la place du Change. Los habitantes del lugar los arrestaron de inmediato por considerarlos «hacedores de tormentas», pero Agobardo llegó a tiempo para interrogarlos e impedir su ejecución.

En 1787 el también escritor A. F. Delandine, en su libro *Le conservateur* (tomo II, 1787, p. 185), introdujo un nuevo detalle al relato: tras fracasar en su intento de liberar a los presos, Agobardo les ayudó en secreto a escaparse.

La historia del fraile Blas

Del fraile Blas, de cuya biografía, cronología, origen o destino no se tienen datos, se decía que acudía volando hasta el aquelarre del Llano de Brujas, en Alcantarilla (Murcia). El nombre tan singular de esta pedanía (que antes del actual había tenido otros tres: el Salar, Baena y la Obra) parece proceder de una curiosa y difusa leyenda recogida por M^a Luisa Vallejo y Guijarro y M^a Luisa Sánchez Vallejo en su libro sobre las leyendas de Murcia,* según la cual un fraile carmelita, conocido como el padre Tomatera o el fraile Blas, sufrió un desvanecimiento, un mal sueño o una alucinación, durante el cual «las brujas de Alcantarilla, que tienen fama de hacer estas cosas», lo cogieron y llevaron por los aires hasta dejarlo en presencia del mismísimo diablo; y allí el fraile pronunció el conjuro carmelita contra diablos infernales: «*Vade infernalis, draco autoritate. Dei et Beatissimae Virginis Carmelitanae*».

Nunca falla. O sí. El caso es que soltaron al fraile, que cayó desde tal distancia que al aterrizar quedó atontado. Algo normal en estos casos. A partir de ese momento, y sobre todo desde que el fraile contó la experiencia que había tenido, los vecinos empezaron a llamar al sitio en el que habían encontrado al padre Tomatera como el Llano de Brujas, que suena mejor que el Llano de las Tomateras.

* M^a Luisa Vallejo y Guijarro y M^a Luisa Sánchez Vallejo, *Leyendas de Murcia*, Imprenta de Falange, Cuenca, 1959.

La Ansarona, de viga en viga

Seguimos con aquelarres. El del pequeño pueblo de Pareja (Guadalajara) fue un foco brujeril en el siglo XVI, con cierto revuelo de actividades demoníacas. Y una de las mujeres que fueron denunciadas ante la Inquisición fue Francisca Ansarona, por invocar al diablo a instancias de su maestra y vecina, Quiteria de Morillas. Y la discípula, con el tiempo, aventajó a la maestra. Hablaban de un pacto satánico gracias al cual podía realizar toda clase de proezas, como ir volando al aquelarre del prado de Barahona (en Soria) para reunirse con sus congéneres. En el proceso incoado en 1527, Francisca Ansarona declaró que hacía tres décadas que era bruja (en aquel momento tendría unos cincuenta años de edad) y que para acudir al lugar de encuentro «salían volando e iban altas del suelo hasta dos palmos en el aire» (es decir, a medio metro del suelo, aproximadamente). Salían por la ventana y mientras cruzaban el aire meneaban el cuerpo «de compás de un ave volando», aunque andaban «algo tontas y algo turbado el sentido». Sólo caminaban hasta medianoche y antes de cantar el gallo se volvían a casa.

Antes de salir se frotaban el cuerpo (las partes pudendas pero también los sobacos y las corvas) con unos buenos ungüentos alucinógenos, y recitaban una frase a modo de conjuro mágico: «¡De viga en viga, con la ira de Dios y de santa María!». *Estas palabras también las utilizaron otras hechiceras manchegas y alcarreñas con fama de brujas, como Águeda, una vecina de Molina de Aragón (Guadalajara), que las pronunciaba para trasladarse volando (no se especifica si en escoba o con otro medio) a la cercana laguna de Gallocanta. En otras versiones la invocación cambia la palabra «viga» por «villa».

El obispo de Jaén y su sombrero

Es normal que clérigos, sacerdotes, monjas, frailes u obispos intervengan también en estas leyendas en las que aparecen grimorios y demonios junto con viajes enigmáticos e incomprensibles.

* Archivo Diocesano de Cuenca, Fondo de la Inquisición, legajos 96 y 99.

Uno de los casos más curiosos es el de Nicolás de Biedma, personaje histórico del siglo XIV que llegó a ser obispo de Jaén y luego de Cuenca. Pues bien, según la leyenda, en una sola noche recorrió el camino de Jaén a Roma, adonde acudió para advertir al Papa de que corría un peligro inminente; como muestra de agradecimiento, el Papa lo obsequió con una reliquia sagrada: la Santa Faz o Santa Verónica, que actualmente se venera en la catedral de Jaén.

En una de sus *Cartas eruditas y curiosas*, el padre Feijoo narra el episodio en los siguientes términos:

De buen humor estaba Vmd. cuando le ocurrió inquirir mi dictamen sobre la Historieta del Obispo de Jaén, de quien se cuenta, que fue a Roma en una noche, caballero sobre la espalda de un Diablo de alquiler; ¡Triste de mí, si esa curiosidad se hace contagiosa, y dan muchos en seguir el ejemplo de Vmd. consultándome sobre cuentos de niños, y viejas! Parece que le hizo alguna fuerza a Vmd. para no disentir enteramente la circunstancia añadida a la Historia, o completiva de ella, que aún hoy se conserva en Roma el sombrero de aquel Prelado; como si la ficción de este aditamento tuviese más dificultad, que la del cuerpo del cuento. ¿Qué testigos calificados deponen de la existencia del sombrero? Puede ser que en alguna Iglesia, de tantas como hay en Roma, se guarde, como reliquia, el sombrero de algún Obispo Santo y a algunos Españoles simples, otros Españoles dobles les hayan embocado, que es el sombrero del Obispo de Jaén.

Supongo, que los que publican la conservación del sombrero, dan por motivo de ella, perpetuar la memoria del prodigio, de que amaneció en Roma cubierto de la nieve, que aquella noche había caído sobre él en el tránsito de los Alpes. ¿Pero cómo se compone esto con el chiste, que hace parte de la Historieta, de que llevándole el Diablo acuestas sobre el Mar, con un ardid quiso hacerle pronunciar el nombre de Jesús, para dejarle caer sobre las hondas; y el Obispo, oliendo la maula, le dijo, como si le batiera con el acicate: «Arre diablo»; con que lo hizo avivar el paso, y guardar sus engaños para me-

por ocasión? ¿Cómo se compone, digo, ir de Jaén a Roma por los Alpes, y hacer el mismo viaje navegando el Mediterráneo? Sólo de este modo pudo correr el prodigio por Mar, y por Tierra. De cualquiera modo que fuese, discurre, que el Obispo había dejado el Pectoral en casa; porque como la Cruz es tan pesada para el Diablo, no podría, llevándola acuestas, hacer tan largo viaje en tan poco tiempo.*

Feijoo, por supuesto, no se creyó la historia, que convirtió en objeto de sus chanzas y burlas.

El obispo en cuestión, según otras crónicas, sería Nicolás de Biedma, y el año de la traslación 1376. Lo bueno es que el padre Feijoo, en esa misma carta, cuenta otra historia parecida para demostrar que unos se copian a otros:

En esta Ciudad de Oviedo hay un pobre Ganapán, llamado Pedro Moreno, de quien se cuenta en substancia casi lo mismo que del Obispo de Jaén. Refiérese el caso de este modo. Se le habían entregado unas Cartas para que las llevase a Madrid con más que ordinaria diligencia, porque importaba la brevedad. A poca distancia de esta Ciudad encontró un Fraile; (nómbrese la Religión) que se le ofreció por compañero de viaje. Resistióle algo, con el motivo de que iba con mucha prisa, y no podría el Religioso seguir su paso; mas al fin éste le redujo, y al mismo tiempo le entregó un báculo, que llevaba en la mano, para que usase de él. Con esto emprendieron el viaje, y fue tan feliz, que habiendo de aquí a Valladolid cuarenta leguas, fueron en el mismo día a comer algo más allá de aquella ciudad. El resto del viaje se hizo con la misma brevedad. Este cuento estaba esparcido por todo el Pueblo, y creído de todo el Vulgo (pienso que también de algunos fuera del Vulgo), cuando llegó a mis oídos. El sujeto de la Historia era el testigo que se citaba, el cual la había referido a infinitos. Hícele llamar a

* Padre Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, tomo I, carta XXIV, 1742.

mi Celda, para examinarle. Ratificóse en que era verdadero el hecho; pero con preguntas, y repreguntas sobre las circunstancias, le hice caer en muchas contradicciones. Fuera de esto hallé, que a diferentes sujetos había referido el caso con mucha variedad. Lo que saqué en limpio fue, que había oído el caso del Obispo de Jaén, y le pareció se haría hombre famoso, haciendo creer de sí otro semejante. Pienso que después, extendiéndose la noticia de mi pesquisa, se desengañaron muchos. Pero antes de hacer esta averiguación, ¡a cuántas partes llegaría la especie de este viaje prodigioso, adonde no llegará jamás el desengaño! Acaso, si no lo estorba este escrito, será algún día poco menos famoso en España el viaje del Ganapán Pedro Moreno, que el del Obispo de Jaén.

«Malleus, malleus...»

En el siniestro manual de brujería *Malleus maleficarum* (El martillo de las brujas), escrito por dos dominicos –Sprenger y Kramer– un tanto obsesionados con el demonio y publicado en 1486, puede leerse la siguiente historia, narrada por san Pedro Damían, un prelado italiano que vivió en el siglo XI:

Vicente de Beauvais, en su *Espejo histórico*, citando a Pedro Damían, relata la historia de un niño de cinco años, hijo de un hombre perteneciente a la alta nobleza; este niño era monje en aquel momento. Una noche fue transportado desde el monasterio hasta el molino que se encontraba cerrado, donde fue hallado por la mañana. Interrogado, contestó que había sido llevado por dos hombres para un enorme banquete y que había sido instado a comer. Tras de ello le habían arrojado al molino por la trampa de arriba.

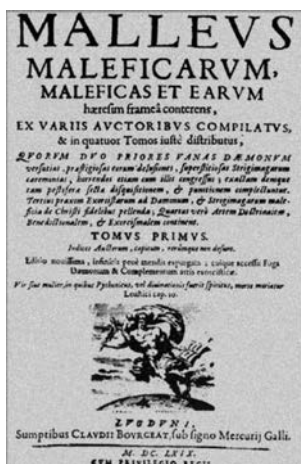
Y puesto que se habla de los magos que en nuestro lenguaje usual llamamos nigromantes, que son transportados a menudo por los aires por los demonios, con frecuencia hacia tierras lejanas, conviene que se trate algo acerca de ellos. A veces persuaden incluso a los otros para que vayan con ellos sobre un caballo, que en realidad no es un caballo sino el mismo demonio bajo esta forma. Se dice que advier-

ten entonces a sus compañeros para que no hagan el signo de la cruz.

Y un poco más adelante, en el *Malleus maleficarum* se mencionan varios casos sorprendentes, y en los que las nubes vuelven a aparecer:

Aunque somos dos los que redactamos este tratado, sólo uno de nosotros ha encontrado y visto hombres semejantes: por ejemplo uno que era antes maestro de escuela y ahora sacerdote en la diócesis de Freysing, tenía la costumbre de contar que una vez había sido levantado a los aires por el diablo y conducido a lugares apartados. Igualmente también otro, sacerdote en Oberdof, una fortaleza, próxima a Landshut, que era en aquel tiempo amigo de uno de nosotros vio con sus propios ojos semejante transporte. Contaba de qué manera el hombre era transportado con los brazos extendidos, y cómo gritaba aunque sin lamentarse. La causa de ello era la siguiente: un día, numerosos estudiantes se habían reunido para beber cerveza y todos se pusieron de acuerdo para que aquel que sirviera la cerveza no pagase. Pero uno de los compañeros yendo a buscar la cerveza, cuando abrió la puerta, vio una espesa nube situada delante de la entrada. Aterrorizado volvió, y manifestando la razón, hizo comprender a los otros que no quería traer la bebida. Entonces otro gritó con fuerza: yo traeré de beber aunque el diablo mismo esté ahí. Salió, pero ante la vista de todos fue transportado por los aires.

Durante la Edad Media hubo varios testimonios de esta índole, pero siempre, invariablemente, se atribuyeron a las malas artes del demonio. Incluso en el *Coloquio de los perros*, novela de Miguel de Cervantes, aparece una bruja que «traía a los hombres en un instante de las lejanas tierras».



Portada del *Malleus Maleficarum*, libro que no sólo fustigó a las brujas sino que incorporó muchos casos de viajes inexplicables.

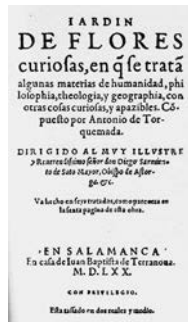
La niña que cae en el jardín de los capuchinos

Sobre el año 1612, en la localidad francesa de Mâcon se contaba que la hija de uno de los burgueses más ricos y honorables de la ciudad fue transportada por seres extraños. La chica tenía unos catorce años y dormía en el dormitorio de la criada. Como ésta se ausentaba muchas noches, un día la niña le preguntó adónde iba. La criada respondió que viajaba a un lugar donde se reunía con personas muy agradables, bailaba y disfrutaba de «muchos tipos de placeres y satisfacciones». La niña le pidió acompañarla y la sirvienta accedió. Celebró una ceremonia diabólica en la que le untaron algunas partes del cuerpo con los típicos ungüentos y acto seguido la muchacha fue transportada por el aire por un demonio. Sin embargo, mientras sobrevolaba el convento de los capuchinos, se asustó y comenzó a rezar; su viaje aéreo se interrumpió y ella bajó bruscamente al jardín del convento. Cerca de medianoche, algunos capuchinos oyeron una voz quejumbrosa procedente de su jardín y acudieron a su encuentro. La muchacha, magullada, les contó lo que había pasado. Dos de los monjes la llevaron de vuelta, en secreto, a la casa de su padre, antes de que éste pudiera advertir que su hija había desaparecido.

François Perrault, que recogió la leyenda en *L'Antidemon de Mascon*, aseguraba que él siempre había escuchado la historia «como muy veraz por una infinidad de personas». De hecho, él mismo había visto a la chica varias veces y había oído que se había casado.*

Abducción traumática en Astorga

En consonancia con la historia narrada por san Pedro Damiano, en *Jardín de flores curiosas* (1570) el cronista Antonio de Torquemada cuenta un suceso de teleportación acaecido en la ciudad leonesa de Astorga, su pueblo natal. Lo que distingue su relato es que tanto la desaparición del protagonista como su posterior aparición ocurren casi en el mismo lugar. Según Torquemada, a mediados del siglo XVI vivía una familia con dos hijos, y uno de ellos, de unos trece años, cometió una travesura con la que enojó mucho a su madre, tanto que ésta «comenzó a ofrecerle y encomendarle muchas veces a los demonios que se lo llevasen delante. Esto era a las diez de la noche, que hacía muy oscura y como la madre no cesase de seguir sus maldiciones, el muchacho con miedo se salió a un corral que en la casa había y allí desapareció».



En la obra más famosa de Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, menciona varios casos de teletransportaciones misteriosas como el acaecido a un niño de Astorga o a un estudiante cacereño.

* François Perrault, *L' Antidemon de Mascon, ov la relation pure et simple des principales choses qui ont esté faites et dites par vn Demon il y a quelques annees dans la ville de Mascon en la maison du Sr. Perreavd*, Chouët, Ginebra, 1656, pp. 54-56.

Aunque lo buscaron por todas las partes, no había dejado ni rastro; todas las puertas estaban cerradas, no faltaba ninguna prenda ni ningún enser, nada indicaba que hubiera huido. Al cabo de dos horas, los padres oyeron un ruido estruendoso en la habitación superior. Subieron rápidamente, abrieron la puerta con llave y encontraron al muchacho aturdido y maltratado, con la ropa rasgada y el cuerpo magullado, con rasguños similares a los que dejan las espinas o las garras.

Al día siguiente, cuando el chico ya parecía haber vuelto en sí, sus padres le preguntaron qué le había ocurrido la noche anterior. Él les explicó que, mientras estaba en el corral, había visto sobre sí

... unos hombres muy grandes y muy feos y espantables, los cuales, sin hablar palabra, le tomaron y llevaron por el aire con tan gran velocidad que no hay ave en el mundo que tanto volase; y que, descendiendo a unos montes muy llenos de espinos, le habían traído arrastrando por medio de ellos para una parte y para otra, de manera que le habían puesto de la suerte que veían; y que al fin le acabaran de matar, sino que él tuvo tino de encomendarse con gran voluntad a Nuestra Señora que le valiese y que, a la hora, aquellas visiones le habían vuelto por el aire y le habían metido por una ventana pequeña que estaba en la cámara y que allí lo habían dejado y se volvieron por donde habían venido.

Torquemada acaba su relato contando que conoció personalmente a aquel muchacho después de mucho tiempo y constatando que de esta mala aventura el muchacho quedó sordo y abobado, «de manera que nunca fue el que antes era y pesábale de que le preguntasen o trajesen a la memoria lo que por él había pasado».*

¿Quién raptó al niño astorgano y para qué? Lo cierto es que el incidente le dejó unas importantes secuelas físicas y psí-

* Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, tratado tercero, Castalia, Madrid, 1982, ed. de Giovanni Allegra.

quicas, como suele ocurrir en otros relatos coetáneos. Después de un incidente de esta clase, las personas involucradas en él o, mejor dicho, las víctimas ya no son las mismas. Hay un antes y un después. Su carácter cambia de manera radical, y suele ser para mal.

Los niños son las víctimas más vulnerables, sea por su escaso peso o su mucha inocencia, para sufrir esta clase de raptos que se dan en todas las latitudes.

Teletransportación de un estudiante

En su *Jardín de flores curiosas*, unas páginas más adelante, Torquemada relata también otro caso muy significativo protagonizado por un estudiante del monasterio cacereño de Guadalupe:

Pero oíd lo que os contaré, por donde entenderéis si los demonios entran también en las bestias, y a requisición de aquellos que están concertados con ellos. Estando yo estudiando, llegóse a mi compañía un mancebo estudiante, y tan hábil, que oyendo medicina, vino a ser médico de nuestro emperador Carlos V; y viniendo a propósito me dijo y afirmó con grandes juramentos que, estando en la villa de Guadalupe, oyendo Gramática en aquel Monasterio, se salió un día en la tarde a holgar en el campo, y vio venir por un camino a un hombre en hábito de religioso, el cual traía un caballo tan flaco, y, al parecer, tan cansado, que apenas se podía tener en los pies; y llegando a él, le dijo: «Gentil hombre, ¿queréisme hacer tanto placer, que os lleguéis por mí a la villa, y me compréis alguna cosa para cenar? Porque yo no puedo por algunas causas entrar ahora dentro, y os agradeceré mucho que toméis por mí este trabajo». El estudiante le respondió que de muy buena voluntad; y así, le dio dineros, y fue y trajo todo recaudo, conforme a lo que pidió; y el hombre, tendiendo un manto o manteo y un paño encima, se puso a cenar en un prado, e hizo al estudiante por fuerza que comiese con él; y estando hablando en algunas cosas, el es-

tudiante le preguntó que para dónde caminaba, y él le respondió que para Granada, y el estudiante le tornó a decir: «Y pienso partirme muy presto para allá a ver a mi madre, que vive en aquella ciudad y ha mucho tiempo que no la he visto ni sabido de ella». El caminante le dijo: «Pues si vos os queréis ir ahora en mi compañía, yo os haré la costa y os llevaré de manera que apenas sintáis el camino; pero ha de ser con condición que luego nos partamos, que yo no me puedo detener».

El estudiante, que no era rico, sino tan pobre que si había dejado de irse, era por no tener dinero para el camino, aceptó de buena voluntad el ofrecimiento, rogándole que le esperase solamente cuanto se llegaba a despedirse de las personas a quien tenía obligación, y tomaba unas camisas y dejaba a recaudo unos libros. Y así, fue y volvió con muy gran presteza; pero ya era la noche cerrada e importunábale que se quedasen hasta la mañana. El pasajero dijo que antes era mejor caminar toda la noche y descansar por el día, pues hacía tan gran calor (porque esto era en el mes de junio); y así, el uno a caballo y el otro a pie, comenzaron su camino, contando cuentos y tratando algunas cosas; y habiendo un rato que iban de esta manera, el caminante comenzó a importunarle que se subiese a las ancas del rocín, y el estudiante, riéndose de ello, le dijo: «No sé yo si podrá llegar así, según está de flaco y perdido con los cuadriles de fuera, cuanto más menearse con dos personas encima». El otro le respondió: «No le conocéis bien, que no hay tal bestia en el mundo, y así como está, no le daría por ningún precio». Y en fin, porfió tanto con el estudiante, que subió en el rocín, el cual comenzó a caminar tan bien y tan llano, que le llevaba maravillado de su velocidad.

El buen hombre no hacía sino decirle que qué le parecía de su rocín, y que no se durmiese, que muy bien duraría en aquel andar hasta la mañana; y con esto, caminaron hasta que comenzó a aparecer el día, que el estudiante vio una tierra muy buena, llena de muy grandes huertas y arboledas y una ciudad muy populosa adelante, y preguntó a su compañero que adónde estaban; él le dijo que en la vega de Granada, que aquélla era la ciudad, que lo que le

rogaba, en pago de la buena obra que le había hecho, era que ninguna persona lo supiese ni dijese ninguna cosa de lo que con él y con su caballo le había acaecido, y que él podría ir de allí adonde quisiese, porque él había de ir por otro camino. El estudiante se despidió de él y se fue a la ciudad, muy maravillado de haber caminado tantas leguas en una noche, y considerando que en aquel rocín venía metido algún demonio, que de otra manera fuera imposible hacerlo.

Claro está que ésa no podía ser sino obra del diablo; y otra semejante que ésa podré yo contar, que, según un amigo de los que aquí estamos me contó, pasó muy de cierto, y fue que, yendo camino de la misma la ciudad de Granada que habéis dicho su padre y otro con él, partieron de Valladolid, y pasando la villa de Olmedo, toparon un caminante que les dijo ir el mismo camino, y que si eran contentos, que todos podrían ir juntos en compañía; ellos holgaron de ello; y así, comenzaron a caminar, contando muchas cosas de entretenimiento y pasatiempo; y como hubiesen caminado dos o tres leguas, el que se juntó con ellos les persuadió a que se apeasen en un prado que estaba en el camino, al parecer, muy deleitoso; y allí, tendiendo un manto grande que llevaba, de manera que no quedó arruga ninguna en él, sacó provisión para comer, y lo mismo hicieron los otros; y tendiéndose todos sobre el manto, y asimismo dos mozos que iban con ellos, hizo que llegasen tanto las bestias, que también pusieron los pies y manos en la misma ropa, y merendando muy a su placer y tratando de muchas cosas que les daban gusto, se detuvieron un gran rato sin sentirlo, y después, dando prisa a los mozos que les diesen las bestias, el caminante les dijo: «Señores, no os fatiguéis tanto por caminar, que bien podréis hoy llegar a buena hora a Granada». Y entonces les mostró la ciudad no un cuarto de legua de ellos, de que no poco quedaron maravillados; y diciéndoles que diesen las gracias a su manteo, les rogó que nadie supiese lo que había pasado, y ellos se lo prometieron, y así se apartaron allí los unos de los otros, y él se fue por otro diferente camino.*

* Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, *op. cit.*, pp. 307-309.